9236

Lo que mueve
la justicia.

8

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/loquenovelajusti1768fern

LO QUE NO VE LA JUSTICIA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ FERNANDEZ BREMON

Representado por primera vez el dia 5 de Noviembre de 1881,
en el Teatro de la Alhambra

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS USADAS
LIBRERÍA DE AMALIO
CALLE DE LA PAZ 1-MADRID

MADRID
LIBRERÍAS DE CUESTA
Carretas, 9, y Luna, 3
1881

PERSONAJES.	ACTORES.
Doña Elvira	SRA. D.ª CAROLINA CIVILI DE PALAU.
Blanca	SRTA. D.ª LUISA CASADO.
Llavera	SRA. D.ª ENRIQUETA MENDOZA.
Don Luis	SR. D. ENRIQUE F. DE JÁUREGUI.
Juez	SR. D. LEON UNTURBE.
Alberto	SR. D. JOSÉ GARCÍA TOMÁS.
Enrique	SR. D. ALEJANDRO ALMADA.
Periodista	SR. D. RAFAEL GOMILA.
Escribano	SR. D. JOSÉ TRIVIÑO.
Acompañamiento.	

(Accion contemporánea.—Lugar indeterminado.)

Madrid, 1881.—Estab. tip. de E. Cuesta, Cava-alta, 5.

MARÍA LUISA

Esta es la obra que más quiero y solo á tí te corresponde.

TU MARIDO
José Fernandez Bremon

611776

ADVERTENCIA.

Este drama se escribió expresamente, hace más de un año, para Doña Carolina Civili de Palau, inspirándose el autor en el gran talento y gran corazon de la eminente actriz.

ACTO PRIMERO.

Habitacion sin lujo: puerta en el fondo que se supone conduce á la salida exterior por el lado derecho (1) y comunica por el izquierdo con el resto de las habitaciones; puertas á derecha é izquierda que tambien comunican con la casa; dos mesas ó consolas en el fondo; algun otro mueble á derecha é izquierda, como butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO con un rewólver en la mano, el cual deja sobre la mesa.

ALBERT. Soy un cobarde, no tengo valor. (Se pasea con agitacion.) Creia que era fácil matarse y evitar con un disparo y un solo momento de energía, sobresaltos y remordimientos, responsabilidad y vergüenza; pero la mano, tan pronta y dócil para la venganza y el agravio, se resiste á la expiacion. Y, sin embargo, todos los dias se quitan la vida débiles mujeres y ancianos sin vigor. Sólo se suicidan los enamorados y los locos. Todo el que reflexiona, retrocede ante ese mundo misterioso y sombrío al cual iba á lanzarme. Pero, ¿puedo acaso vivir? Hoy mismo llega Enrique: me tenderá la mano, me abrazará y no me hablará seguramente de intereses. Yo seré quien, trémulo y con los ojos bajos, tendré que decirle.—Enrique, el dinero que confiaste á mi honradez y creias invertido por mí en valores se-

(1) El lado derecho ó izquierdo debe entenderse el del actor mirando al público.

guros, ya no existe: te he arruinado, y no en una especulacion desgraciada, sino en una noche de calentura y extravío; juzgaste depositar tus fondos en poder de un hermano, y se los entregaste á un enemigo. ¡Maldito sea el juego! Con qué rapidez caian en aquella sima los billetes: con qué espanto bajé la cabeza y medí la sombra del abismo. Y mi pobre hermana Blanca que cuenta los minutos de la ausencia de Enrique, y le ama con delirio; cuando sepa mi infamia que hará imposible su union, me abrumará con su desprecio. Mi madre, tan cariñosa y tan severa, me dirá penetrando con su mirada hasta el fondo de mi alma:—Alberto, te habia educado en la virtud, y ni mi ejemplo, ni mi amor, ni el respeto al nombre de tu padre han contenido tus pasiones, que disimulabas con tanta hipocresía. Ya no tienes sitio en esta casa, ni puedes pertenecer á una familia honrada. Y mi madre y mi hermana morirán de dolor y de vergüenza. ¡Valor! La vida es imposible en tales condiciones. (Vuelve á tomar el rewólver, y despues de vacilar se sienta acobardado.) No, no puedo. ¿Qué iba á hacer? Al ruido del disparo acudirian mis padres, y se abrazarian, dando gritos, á mi cuerpo ensangrentado. ¡Oh, madre mia! ¡Madre mia! (Guarda el rewólver, y queda abrumado con las manos apoyadas en la frente.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA y ALBERTO.

ELVIRA. (Entra por la izquierda y se acerca sigilosamente para sorprender á su hijo, á quien pone la mano sobre el hombro.) ¿En qué estás pensando, Alberto?

ALBERT. (Se levanta con sobresalto.) ¡Ah!

ELVIRA. No me lo digas, hijo mio; ya lo sé.

ALBERT. ¡Madre! Perdon.

ELVIRA. Ahora que está para terminar la lucha que sostienes entre la necesidad y la honradez, puedo decírtelo con todo el orgullo de una madre satisfecha de su hijo. Bien, querido Alberto; aunque no has hecho sino cumplir como quien eres, otros, en tu lugar, hubieran sucumbido.

ALBERT. (Aparte.) Nada sospecha.

ELVIRA. La deuda que contraje sin conocimiento de tu padre para tus... locuras de jóven, la hubieras podido satisfacer tomando esa suma del dinero confiado por Enrique á tu probidad. (Movimiento de Alberto.) No te ofendas. Sé que eres incapaz de esa mala accion.

ALBERT. (Aparte.) ¡Qué vergüenza!

ELVIRA. Sin embargo, temblé cuando Enrique te entregó aquellos fondos, porque la virtud es delicada y se quiebra al probarla fácilmente. Tenia confianza en tí, ¿cómo no tenerla si eres hijo de honrado padre y eres hijo mio? Perdona un recelo que no podia dominar. Temblaba de que llegase el vencimiento de la deuda, no por ver entrar al acreedor, sino temiendo que hubieras recogido mi pagaré con dinero ajeno, doblemente sagrado para tí, por ser el depósito que te hizo un hombre de bien, que será muy pronto el marido de tu hermana.

ALBERT. (Aparte.) ¡Dios mio! ¡Qué martirio!

ELVIRA. Ya estoy tranquila; esta mañana hablé con nuestro acreedor y me exigió su dinero y sus ganancias. Dentro de un mes podré reunir seguramente la cantidad que se le debe. Sube á verle; no te distraerá esto mucho, puesto que vive en el otro piso de esta casa; su pretension es justa y razonable; quiere cambiar mi pagaré, que no tiene valor legal, por uno tuyo.

ALBERT. Sí que lo haré; subo ahora mismo.

ELVIRA. No repares en los réditos; el favor que nos hizo es algo caro, pero al fin era un favor, porque las mujeres casadas no podemos contratar; yo su-

biré despues para decirle la forma en que he de satisfacer su crédito; nadie me verá entrar en su despacho, vive solo, he hecho salir á la criada, y he buscado un pretexto para que salgan tambien tu padre con tu hermana. Cuando hagas el encargo, corre hácia el ferro-carril, espera la llegada de Enrique tráele á casa, y entrégale sin dilacion su capital, porque, hijo mio, el dinero ageno no produce ningun rédito en poder del hombre de bien, pero puede manchar sus manos y su honra.

ALBERT. Tiene usted razon.

ELVIRA. Yo he observado en silencio tu disgusto, que era natural; ver sufrir á tu madre la humillacion de una deuda oculta, contraida por tu causa; tener mucho dinero en tu poder y contenerte por no abusar de la confianza de un amigo, es una lucha en que no todos saldrian vencedores. No te alabo lo que no es un mérito sino una obligacion, pero te agradezco la tristeza que he observado en tu semblante.

ALBERT. No me avergüence usted. Esas palabras me hacen daño.

ELVIRA. No pierdas tiempo, Alberto. El prestamista puede impacientarse, y conviene que des un abrazo á Enrique en la estacion. Yo voy á apresurar la salida de tu hermana. (Sale por la izquierda.)

ESCENA III.

ALBERTO.

ALBERT. Hombre de bien... buen hijo... he logrado engañar á todo el mundo, pero ¿de qué me sirve si no consigo engañarme á mí mismo? ¿Y qué hacer? ¿Cómo me presento á Enrique en la estacion, despues de haber malversado su dinero? ¡Es imposible! Las palabras de mi madre he-

rian mi corazon como á puñaladas. La virtud, la austeridad de una madre como la mia, serian para cualquiera motivo de orgullo. Para un miserable como yo, son un peso y un remordimiento. (Acaricia el rewolver que lleva en el bolsillo.) Arma inútil y ociosa, aunque tiemble y me resista á usarte, al fin y al cabo has de ser mi único remedio. (Sale por el fondo, torciendo por la derecha.)

ESCENA IV.

ELVIRA y BLANCA que salen por la puerta de la izquierda; la segunda en traje de calle: luego DON LUIS por la derecha.

BLANCA. ¡Silencio! Que no sepa mi señor padre que me he vestido antes que él.

ELVIRA. Siempre serás una niña.

BLANCA. No, madre mia, no lo soy; pero me hace gracia la sorpresa de mi padre, cuando vea que á pesar de su ligereza, hoy se ha retardado. (Don Luis, que ha aparecido por la derecha escucha á su hija y hace á Elvira señal de silencio.) Verá usted cómo sale de su alcoba muy ufano, y dice creyendo que estoy en la mia.—Pero ¿no se ha vestido aun esa muchacha? ¿Está poniéndose ya el traje de boda?

ELVIRA. ¿A que no dice tu padre nada de eso?

LUIS. No lo dirá seguramente.

BLANCA. ¡Ah! ¿Me escuchaba usted? ¡Qué traicion!

LUIS. Reconozco que hoy has sido puntual, pero confiesa que más debe agradecértelo que tu padre, otra persona.

BLANCA. No lo confieso; vamos á ver: ¿de qué se trata?

LUIS. De tu felicidad.

BLANCA. Es decir, de la de todos.

ELVIRA. (La da un beso.) Dices bien, hija mia.

LUIS. Eres una madraza. Pues no, señora; este arrapiezo quiere que seamos felices, cuando tiene

intencion de abandonarnos; que la acompañemos con gusto á comprar un regalo para el hombre que quiere llevarse de casa á nuestra hija. Pretenderá que gocemos mucho al saber que Enrique llega hoy mismo...

BLANCA. (Conmovida.) Tiene usted razon, soy una egoista; perdonen ustedes si con mi felicidad me olvidaba de sus penas; ya no salgo. (Se sienta.)

ELVIRA. Pero niña, ¿no comprendes que es una broma de tu padre?

LUIS. ¿A que habré de suplicarla rendidamente que me haga el favor de acompañarme á casa del platero para elegir el regalo de su novio?

BLANCA. Me van ustedes á hacer llorar con esas chanzas.

LUIS. (Levantándola suavemente.) Me parece que estás perdiendo el tiempo... Un tiempo precioso cuyo valor conoces, cuando has empleado tan pocos minutos en vestirte.

BLANCA. Pues bien, saldremos, ya que usted se empeña.

LUIS. ¿Lo ves? Tú pobre hija se resigna.

ELVIRA. Salid, salid, y no la desesperes.

BLANCA. Adios, madre mia; supongo que Alberto...

ELVIRA. Supones bien, ha ido á esperar á Enrique.

LUIS. Descuida en él, tu hermano es muy puntual, y sabe cumplir exactamente sus deberes. Enrique no se encontrará solo en la estacion.

ELVIRA. Adios, adios. (Los empuja con cariño.)

LUIS. (A Elvira mientras sale Blanca por el fondo.) ¡Qué hermosa es; cuántos poderosos nos envidiarian los hijos que tenemos! Elvira, Elvira, la felicidad me hace orgulloso. (Sale por el fondo hácia la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA.

ELVIRA. Tiene razon en estarlo; Alberto es un hombre de honor, Blanca es un ángel; las riquezas no dan felicidad, sino la union íntima de los corazones que se aman. Los que hallan la vida triste, miran el mundo exteriormente y pasan distraidos por delante de estos rinconcillos modestos en que viven, amándose, los padres y los hijos. El mal es escandaloso, y el estruendo que hace, exagera sus proporciones. La dicha es reservada y pudorosa, y como no produce ruido, parece que no existe. (Mirando por las vidrieras.) Ya se alejan. ¡Con qué cariño, con cuánta vanidad sigue Luis los pasos de su hija! Ya cruzan la esquina... Digan lo que quieran, hay mucha felicidad en este mundo. (Se oye un tiro). ¡Ha sonado un tiro! Y parece que ha sonado en esta misma casa... ¿Estará aun en ella Alberto? ¡Bah! ¿Qué relacion puede haber entre mi hijo y ese disparo? ¡Dios mio! ¿Será un suicidio? Todos los dias se quitan la vida jóvenes que tienen madre, padres que tienen hijos... ¡Sí! Hay tambien en este mundo muchos desgraciados. Necesito averiguar... ya debo subir... ¿Habráse visto mayor simpleza y cobardía? Un tiro se escapa fácilmente; los muchachos se divierten en producir ruidos y explosiones... Seguramente subo, porque el tiempo pasa y mi hija volverá pronto. Pero no lo puedo evitar, estoy temblando. (Sale por el fondo hácia la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA y ALBERTO, este con el rewólver en la mano, desencajado y temblooso, y haciendo ademan de silencio á su madre; demuestra gran terror.

ALBERT. (En voz baja.) ¿Ha cerrado usted la puerta?

ELVIRA. (Asustada.) Sí. Ya puedes hablar.

ALBERT. Madre, madre; no me atrevo.

ELVIRA. (Mirando la ropa de Alberto.) ¡Sangre! (1) ¡Mucha sangre! ¿Estás herido? ¡Hijo de mi alma! (Le abraza.)

ALBERT. Madre, no me abrace usted, que he muerto á un hombre. (Desasiéndose.)

ELVIRA. ¿Tú? (Retrocediendo.)

ALBERT. (Mirando con recelo á todas partes.) ¡Silencio!

ELVIRA. ¡Habla!

ALBERT. (Con gran agitacion.) No puedo.

ELVIRA. (Con dulzura.) Te provocó... ¿No es verdad? ¿Te faltó la prudencia... la serenidad... (Con energía). Pero, ¿no te defiendes?

ALBERT. ¿No comprende usted, madre, que no tengo defensa?

ELVIRA. ¿Y no comprendes tú que no puede convertirse de repente mi hijo en un malvado sin que yo aclare las tinieblas de este abismo? ¡Habla! ¿Qué te impulsó al crímen?

ALBERT. La desesperacion.

ELVIRA. ¿La desesperacion? ¿Tú desesperado? ¿El hijo que era el rayo de alegría de mi alma, soportaba en su corazon el tormento de los dolores incurables? ¡Dios mio! ¡Quieren los hombres estudiar los misterios de esos mundos á donde no alcanza su vista, y no sienten latir los malos pensamientos en la frente del hijo que se les

(1) Tanto Doña Elvira como Alberto, vestirán trajes oscuros para que la sangre se suponga y no se vea.

reclina cariñosamente sobre el hombro! ¡Acaba! ¡Acaba de una vez!

ALBERT. Esta confesion me abruma.

ELVIRA. ¡Desgraciado! ¿Y en quién hallarás juez más benévolo que en mí?

ALBERT. Yo no sabia la atraccion que ejerce el mal... ¡Madre! Yo estaba deshonrado.

ELVIRA. ¿Y creias ganar honra con un crímen?

ALBERT. (Sollozando.) ¡Ay! ¿Qué es el crímen? Un mal pensamiento cuya ejecucion no encuentra obstáculos. Estábamos solos en aquella retirada habitacion, y me hacia esperar mucho, mientras sumaba muy despacio largas cantidades... La fisonomía de aquel hombre me era repulsiva. Razonaba fria y lógicamente su codicia, y nos imponia duras condiciones. «Es un malvado» reflexionaba yo. Al abrir su arca de hierro, me miró con desconfianza. «¡Me juzga un miserable!» pensé con ira.

ELVIRA. ¡Sigue!

ALBERT. Si no sé cómo sucedió: si ignoro por qué série de ideas detestables brotó en mi cerebro la intencion del homicidio. Sólo recuerdo que oí un disparo, y le ví muerto.

ELVIRA. ¡Calla, y aléjate para siempre de mi vista!

ALBERT. ¿Y quién volverá sus ojos á mí si mi madre los aparta?

ELVIRA. ¡Aléjate!

ALBERT. (Abrazándola.) ¡Madre! ¡Madre de mi alma, tengo miedo!

ELVIRA. ¿Miedo? Sí, debes tenerle; el crímen es cobarde.

ALBERT. ¡Siento ruido! ¡Ah! ¡Sube gente!

ELVIRA. ¡Huye! ¡Huye! ¿Cómo estará tu desdichado corazon si sólo de tenerte á mi lado estoy temblando? Escucha: te has despeñado para mí desde el cielo, donde te colocaba mi cariño, á un lodazal de que aparto los ojos con angustia. Un impulso de horror y de honradez me excita á abrir la puerta y gritar con energía: «¡Venid!

¡vénid, que aquí se ha refugiado el asesino!» Pero la costumbre de quererte, la debilidad del corazon y la lástima que me inspiras, me imponen la obligacion de socorrerte. Despójate de ese traje manchado de sangre que denuncia tu delito. ¡Pronto! ¡pronto! (Sale Alberto por la izquierda.)

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA aproximándose hácia el fondo.

ELVIRA. Tiene razon, se oye ruido en la escalera... ¿No será todo esto una obcecacion horrible de mi hijo? Acaso ese infeliz esté herido únicamente. Pero, si vive, le acusará y le perseguirá... ¡Señor! ¡Señor! No me pongais en la cruel necesidad de desear la muerte de ese hombre! (Queda pensativa, y despues se dirije á la puerta de la izquierda.) ¡Alberto! ¡Alberto! (Alberto aparece con otro chaquet; Elvira mira por la puerta de la izquierda.) Ahí está la ropa que debo ocultar á todas las miradas. Descuida; sólo la hallará, y la hallará en todas partes, mi pensamiento. Soy tu madre y debo ser tu cómplice. (Sale por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ALBERTO saca una cartera.

ALBERT. ¡Miserable de mí! Creia que la posesion de esta riqueza era la tranquilidad. (Escucha con temor.) ¡Ah! ¡No puedo huir! (Se pasea precipitadamente.) Pero no, no deben sospechar, esta es una casa honrada; sin embargo, quisiera estar muy lejos. (Señalando hácia arriba.) Me parece que la sangre que he vertido, va á gotear aquí sobre mi frente. ¡Estoy salvado! La ventana oscura del desvan puede proporcionarme una salida. Comunica con el edificio deshabitado que van á

derribar. Me parece que respiro el aire libre. (Reparando en la cartera.) ¡Tiene sus iniciales! Creí haber desechado todo lo que me acusaba, y esta es la prueba del delito. (Saca los billetes y los guarda en el bolsillo.) El dinero es anónimo; no hay rastro en él de las lágrimas que ha hecho derramar, ni de la sangre que ha costado. Pero, esta cartera...

ESCENA IX.

ALBERTO y DOÑA ELVIRA, que ha entrado sigilosamente.

ELVIRA. (Arrebatándole la cartera.) ¿Qué es esto?

ALBERT. (Aparte.) ¡Dios mio!

ELVIRA. (Registra la cartera, que está vacía, y dice mirándole fijamente y con desprecio.) ¡Creí... que tambien le habias robado!

ALBERT. (Con los ojos bajos y aparte.) No me atrevo á mirarla. (Alto y con timidez.) Quisiera salir.

ELVIRA. ¿Salir? ¿Has visto tu semblante? ¿Te atreverias á cruzar por delante de los que buscan al homicida?

ALBERT. No, mi salida es por ahí. (Señala hácia la derecha.)

ELVIRA. ¡Ah! ¡Si, sí! No pierdas tiempo.

ALBERT. (En actitud de despedirse.) ¡Madre!

ELVIRA. ¿Madre? ¿Y te atreves á llamarme madre todavía? (Señalándole la puerta.) ¡Sal! (Sale Alberto por la derecha.)

ESCENA X.

DOÑA ELVIRA mirando por la puerta por donde salió Alberto.

ELVIRA Huye, como el ladron, sigilosa y astutamente; nunca hasta hoy habia visto sin pena que te alejases de mi lado. (Aterrada.) ¿Llaman? (Con desperacion.) ¡Huye! ¡Hijo mio! No temas; tu madre guarda tu salida. No fué nada. (Se sienta abru-

mada.) No tengo fuerzas. Tengo trocadas las nociones de las cosas. La justicia que siempre ha significado para mí seguridad y proteccion, ahora me produce ideas de persecucion y muerte. ¿Es esto realidad, ó un sueño disparatado y angustioso? ¡Qué delirio! ¡Alberto! ¡Alberto! ¡Cuán ageno!... (Se cubre los ojos. Pausa. Suena un campanillazo; vacila un instante; sale á abrir y da un grito desde fuera.)

ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA desmayada, conducida por dos hombres que la colocan en una silla; JUEZ, ESCRIBANO, y algunos hombres; estos se quedan en el fondo.

JUEZ. (A los hombres.) Así, con cuidado.

ESCRIB. (Al Juez, señalándole el rewólver que está sobre la mesa.) Falta un tiro; el rastro era seguro.

JUEZ. ¡Quién sabe! Hay coincidencias muy extrañas.

ESCRIB. ¿Y esta cartera? (Recogiéndola del suelo.) Son las iniciales...

JUEZ. ¡Desgraciada! Que nadie salga; es preciso registrar la casa. ¡Parece que vuelve en sí! Vayan ustedes, y yo entre tanto procuraré tranquilizarla; está enferma y es preciso tener consideracion. (Salen todos por el fondo y tuercen hácia el lado izquierdo, como yendo hácia el interior.)

ESCENA XII.

DOÑA ELVIRA y JUEZ.

JUEZ. ¡Señora!

ELVIRA. (Despues de mirar con vaguedad é indecision, se levanta de repente.) ¡Ah! ¿Con que es verdad?

JUEZ. Repóngase usted y procure tener el espíritu sereno; no quisiera que palabras inadvertidas, propias de la perturbacion que acaba usted de

sufrir, pudieran perjudicarla; ni la inquiete á usted, señora, mi presencia; un juez es un hombre honrado que cumple su deber y busca la verdad.

ELVIRA. Su acento y sus palabras me infunden confianza, y me dan valor cuando necesito tener mucho.

JUEZ. Ruego á usted que me responda con sinceridad, porque ahora mismo están registrando esta casa. ¿Quién hay en ella?

ELVIRA. (Con firmeza.) Estoy sola.

JUEZ. ¿Tiene otra salida?

ELVIRA. Creo que pronto verán que no la tiene.

JUEZ. Pues entonces, señora, deme usted alguna luz para que pueda conciliar mi triste deber con mis sentimientos naturales. Sé quién es usted, porque soy amigo de su esposo; en esta casa se ha cometido un homicidio; los agentes de la autoridad estaban á la puerta cuando se oyó el disparo, y nadie ha salido; por la conversacion que tuvo su esposo de usted con el portero al tiempo de salir, se sabe que quedaba usted sola; no hay en la casa otro vecino; entre los papeles de la víctima, hay un pagaré suscrito por usted, y que hoy mismo vencia; hemos hallado en este mismo cuarto, una cartera con las iniciales del difunto; aquel rewólver tiene las huellas de un disparo, y hasta en el traje de usted se ven las sangrientas señales del delito. (Doña Elvira se mira el vestido con espanto y solloza.) Pues bien, señora, para tranquilidad de mi ánimo, cuando tantos detalles la comprometen y veo con triste evidencia todo lo que la acusa, muéstreme usted un solo rayo de luz que me encamine á disculparla.

ELVIRA. (Con firmeza.) No le veo.

JUEZ. ¡Señora!

ELVIRA. Si soy criminal y la confesion de mi delito sólo sirve para que sea el castigo inevitable, ¿por

qué he de hacer revelaciones? Si soy inocente y todas las pruebas se conjuran contra mí, ¿cómo podria hacer patente la tranquilidad de mi conciencia? Hay señales ciertas para conocer la salud ó las dolencias del cuerpo, pero no el estado del alma; la declaracion del acusado es sospechosa para la justicia, y la dignidad se resiste á pronunciar palabras que se han de poner en duda si las contradicen algunas pruebas materiales; interróguese á estas, cuyo testimonio hace más fe; ¿qué vale mi declaracion interesada ante la evidencia que producen en el ánimo de usted ese rewólver, esa cartera y estas manchas?

JUEZ. Hay secretos en la vida privada que el juez no acierta á conocer.

ELVIRA. Esos se confiesan al sacerdote que calla y absuelve, no á la justicia, que los publica y los castiga.

JUEZ. Las circunstancias atenúan á veces los delitos; hay distinciones...

ELVIRA. Señor Juez, sólo comprendo una distincion, criminales é inocentes.

JUEZ. Reflexione usted, señora.

ELVIRA. Ni sé mentir, ni quiero decir más. (Transicion.) Sólo me resta dirigir un ruego al amigo de mi esposo. Comprendo que tiene usted necesidad de cumplir un deber triste, ¿no es verdad? (El Juez baja la cabeza.) Que debo abandonar mi casa... (Conmovida.) Separarme de los mios; trasladarme...

JUEZ. (Interrumpiéndola y señalando al piso superior.) ¡Arriba! Primero allí.

ELVIRA. ¡Oh! ¡Qué horror! Pues bien, sí, arriba; quiero rezar junto al cuerpo de ese hombre. (Con precipitacion.) Hé aquí mi súplica. Salgamos ahora mismo; no tendria valor para separarme de Luis y de Blanca, que están para venir.

JUEZ. (Señalando al interior de la casa.) ¿Y si hallaran á alguien?

ELVIRA. No hallarán, lo juro.

JUEZ. Debo advertir á su esposo...

ELVIRA. (Con acento suplicante.) Despues; no en mi presencia.

JUEZ. Pues bien, señora, vamos. (Elvira se cubre con un manto.) (Aparte.) Estoy seguro de cumplir con mi deber, y me estremece lo que hago. Hay en ella toda la sombra del delito y toda la dignidad de la inocencia. (Ofrece el brazo á Elvira; esta se detiene y dirige á la habitacion tristes miradas.)

ELVIRA. Un momento nada más. No se puede abandonar así la casa donde viven todos los que amamos, sin mirar tristemente sus paredes, y despedirse de todos los objetos antes inadvertidos, y que ahora tienen tanto valor. (Llora.) Me parece que me arrojan del templo donde oraba, y que me privan del aire que siempre he respirado... creo que el cielo se nubla, y todo se oscurece..! ¡Ay! ¡son las lágrimas que me han dejado ciega. (Llora un momento en silencio y despues toma nerviosamente el brazo que el Juez le ofrece.) ¡Señor, no puedo más!

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LUIS y BLANCA por el fondo.

LUIS. (Gritando desde dentro.) ¡Pasaremos!

BLANCA. (Desde dentro.) ¡Madre mia! (Entran Luis y Blanca muy agitados y algunos hombres; estos á una señal del Juez, se retiran.)

ELVIRA. (Al Juez.) Ya es tarde. (Blanca se abraza á su madre; Luis queda inmóvil.)

LUIS. (Al Juez con ansiedad.) ¿Qué es esto? ¿Qué error ó qué calumnia abre así las puertas de mi casa á los que siempre pasaron delante de ella con respeto? ¿Qué justicia es esa que se deja llevar de los absurdos que repite el vulgo atropellándose á mi puerta? ¿Cómo invade mi hogar en ausencia de su dueño? ¿Cómo tiene valor de

arrancar de su casa á una madre de familia cuya virtud es tan notoria, que antes que dudar de su inocencia, se debe dudar de la pureza de los ángeles? Ya no está sola esa mujer; ya está á su lado el que tiene el deber de representarla y protegerla. Si la sospecha se ha detenido ante esta casa, aquí está el jefe, aquí está el responsable, el fuerte, el que no baja la vista ante las miradas de los jueces, como esa pobre mujer, que solloza entre los brazos de su hija.

JUEZ. Luis, comprendo y respeto tu dolor, que me conmueve; puedes hablar, no es el juez sino el amigo quien te escucha; el juez va á pedir que le sustituyan.

LUIS. No, no; perdona. No está mi espíritu sereno, pero comprende tu integridad y te ruega que no nos abandones. Si el reo pudiese elegir jueces, elegiria siempre jueces como tú; no nos prives de la garantía de tu honradez. Pero si mi alma es un infierno. (A su mujer.) ¡Elvira! Elvira! ¿Qué ha pasado aquí?

ELVIRA. Han pasado la muerte y la desgracia.

BLANCA. Y la calumnia, ¿no es verdad? ¡Qué malvados son los hombres! ¡Oh, qué infamias, repetian á gritos en la calle!

ELVIRA. ¡Desgraciada! Nuestro martirio está empezando. Van á separarnos. (Blanca llora.)

LUIS. No; no puede ser. Hace veinticinco años que no nos hemos separado; conozco hasta sus pensamientos, y ni uno sólo ha enturbiado nunca su mirada; su juventud se ha marchitado oscura y dulcemente en esta casa, criando á sus hijos y dándoles ejemplos de virtud. En nuestra puerta se estrellaba, como en las rejas de un monasterio, el ruido de las locuras de los hombres. Este era el nido de nuestra felicidad. ¿No es verdad que las leyes, hechas para amparar, no deshacen violentamente una familia, arrebatándola su representacion más dulce por una

sospecha que luego se desvanece? ¿No es verdad que la ley, de quien eres aquí representante, no arrojará á una madre de familia desde la alcoba de sus hijos al calabozo de una cárcel? Tú, que tienes corazon, ¿cómo has de exponer, llena de rubor y de lágrimas, ante las injuriosas miradas de las gentes á la madre de mis hijos? Y si lo haces, ¿cómo despues de ese martirio te atreverás á mirarla el dia en que te grite tu conciencia «¡Era inocente!»

BLANCA. ¿Y quién lo puede ser no siéndolo mi madre?

ELVIRA. ¡Hija!

JUEZ. (A don Luis.) He respetado tu dolor; respeta el mio.

LUIS. (Con ira.) Luego, ¿no hay otro remedio?

ELVIRA. (Interrumpiéndole.) Ten resignacion; nuestra dicha era excesiva; ha sido muy larga, y debia concluir como concluyen la lozanía de la juventud y las ilusiones del espíritu. No podíamos eximirnos de esa ley; han tocado á muerto por nuestra felicidad, de la que sólo nos quedan ya dulces recuerdos.

LUIS. ¡Oh! No puedo resignarme. (La estrecha las manos.)

BLANCA. No me arrancarán de tus brazos. (Al abrazarla Blanca, se descubre el manto de Elvira, y ven Luis y su hija las manchas de sangre.)

LUIS. (Aterrado.) ¡Oculta esa horrible mancha, desdichada. (Se aparta.)

BLANCA. (Se refugia en los brazos de su padre.) ¡Dios mio! No quiero verlo.

ELVIRA. (Mientras Luis y Blanca vuelven la vista, alza la suya al cielo y llora.) ¡Dudan de mí! ¡Dudan de mí! (Se dirige rápidamente hácia el Juez, le toma la mano y le lleva hácia la puerta del fondo.) ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Salgamos! (Salen.)

LUIS. (Con firmeza y conviccion.) ¡Y sin embargo! ¡Es imposible!

BLANCA. Si Dios me perdona, nunca me perdonaré el haber dudado de mi madre.

ELVIRA. (Reapareciendo en el fondo.) ¡Luis!¡ Blanca! ¡El último beso!

LUIS. ¡Elvira!

BLANCA. (Se abrazan y lloran.) ¡Madre mia!

ELVIRA. (A Luis.) ¡Ya no tienes esposa! (A Blanca.) ¡Ya no tienes madre!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, ENRIQUE y JUEZ; ALBERTO dentro.

ENRIQ. ¿Cree usted de buen resultado ese recurso?

JUEZ. Es mi única esperanza.

LUIS. ¿La única? ¡Oh! no; yo espero mucho todavía.

JUEZ. ¿En qué?

LUIS. No sé, no sé; cavilo noche y dia, y mientras sigues tu proceso, mi imaginacion hace tambien el suyo.

JUEZ. Pues bien, ayúdame.

LUIS. Aun no puedo.

JUEZ. Escucha, Luis: no debo ocultártelo más tiempo; han pasado muchos dias, y el desenlace forzosamente se aproxima. El silencio sistemático de Elvira impide que tomen las sospechas ningun otro camino. La opinion general la acusa. En nombre de la salvacion de tu esposa, te intimo confidencialmente á que declares pronto, muy pronto, cuanto pueda favorecerla.

LUIS. Me hielas el corazon.

ENRIQ. (A don Luis.) ¡Oh! Hable usted, por Dios.

JUEZ. La prueba que hoy vamos á efectuar, es acaso decisiva. Yo, que sólo he podido ver lo que perjudica á la acusada, quiero satisfacer mi con-

ciencia, apurando, antes de fallar, sus medios de defensa. El crímen ó la desgracia la colocaron en situacion desventajosa; pues aquí vendrá, segun pedís; procurad que la vista de su casa y su familia, y todos los recursos íntimos del amor y la ternura, la hagan romper el silencio, si en romperle hay algo favorable para ella; pero si calla...

LUIS. Aunque calle, es inocente.

JUEZ. (Se levanta y mira el reloj.) Ya es la hora. Voy á disponer y dirigir su traslacion de un modo sigiloso; ya estás advertido; prepara, pues, lo necesario.

ALBERT. (Grita desde dentro con voz extraña.) ¡Madre! ¡Madre!

LUIS. Siempre pronunciando su nombre ese infeliz.

JUEZ. No te detengas, hasta luego; si tu hijo llama á su madre, ¿quién sino tú puede acudir?

ENRIQ. Por desgracia, la llama sin saber lo que se dice. (Don Luis sale por la derecha.)

ESCENA II.

JUEZ y ENRIQUE.

JUEZ. ¿Hay esperanza?

ENRIQ. Ninguna; la demencia es incurable.

JUEZ. ¡Qué série de dolores!

ENRIQ. La verdad es, que pocos hombres hubieran resistido la inesperada y lastimosa impresion que sufrió Alberto. Yo fuí la causa inocente de aquel encuentro. Debí escuchar la explicacion que quiso hacerme del empleo de mi capital y mis ganancias; pero tenia impaciencia por ver á Blanca; Alberto, por el contrario, se empeñaba en darme cuentas.—Puesto que te obstinas en descender á esos detalles, le dije, guardemos el dinero y hablaremos otro dia.—¿Por qué no oí la explicacion que deseaba hacerme? No hubiéramos hallado en el camino aquel tro-

pel de gente que rodeaba, vociferando, el carruaje de su madre... ¡Qué espectáculo! Si Alberto no se hubiera desplomado entre mis brazos, imponiéndome la necesidad de socorrerle, yo hubiera caido al suelo al reconocer á doña Elvira y verla en aquel estado.

JUEZ. Acaso Alberto sea el más feliz en esta casa.

ENRIQ. Señor Juez: la bondad de usted me anima, y si lo que digo es atrevido, espero que mi buena intencion y mi inexperiencia me disculpen. Pero creo que depende de usted el que tengan remedio tantos males.

JUEZ. Enrique, crea usted que si de mí depende, lo tendrán.

ENRIQ. (Tomándole una mano con afecto.) Tengo una idea: usted puede salvar á doña Elvira. No lo digo yo, autoridad médica muy discutible todavía, jóven recien salido de los colegios de Alemania; si de mi opinion como médico se tratase, le aconsejaria á usted la duda, porque esta es la primera vez que ejerzo; pero lo dicen los libros que aplico al pié de la letra, y lo dicen los médicos más notables que desde el primer momento fueron consultados. Alberto no tiene cura; es un sér sin responsabilidad y sin conciencia; vivirá acaso mucho tiempo, pero en tutela contínua y aislado del mundo moral. ¿No podria ser el salvador de su madre? Si toda la culpa recayese en él, no se veria usted en la triste necesidad de castigar. La ley se detiene ante la persona irresponsable del demente.

JUEZ. Enrique, es usted muy jóven, y es usted un hombre de buenos sentimientos, que en vez de huir, como han huido de esta casa todos los amigos, se cree más obligado á permanecer en ella desde que aquí anida la desgracia. Respeto su intencion y no me ofendo; pero me pide usted lo peor que se puede proponer á un juez; que manche, á sabiendas, la fama de un hom-

bre inocente é indefenso. La frente impasible de un demente, es la losa donde yace una inteligencia muerta. ¿Qué hombre de bien se atreveria á manchar un epitafio? (Se dirige hácia el fondo.)

ENRIQ. Ruego á usted que me escuche...

JUEZ. ¡Adios! (Sale por el fondo.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

ENRIQ. Tiene razon y yo tambien la tengo. Acusar á un inocente que no puede defenderse, es una mala accion. Pero sacrificar la honra de un hijo por salvar la de su madre... ¡Oh! No es sino hacer de su locura el uso más noble que él podria hacer de su razon.

ESCENA IV.

BLANCA, que entra por la derecha, y ENRIQUE.

ENRIQ. ¡Blanca! Gracias á Dios que puedo hablarte. Hace tiempo que me rehusas esa dicha.

BLANCA. Perdona, pero sólo vengo á suplicarte que nos reemplaces en el cuidado de Alberto; mi madre va á venir...

ENRIQ. Haré lo que gusteis, pero te ruego que me escuches.

BLANCA. ¡Imposible!

ENRIQ. ¿Por qué?

BLANCA. Porque tus palabras amorosas interrumpen mi tristeza; hay duelo en mi corazon y turbas su silencio.

ENRIQ. El dolor necesita bálsamos, la pena consuelos, y la soledad del corazon, cariñosa compañía.

BLANCA. Enrique, el dolor debe ahuyentar; tú necesitas alegría y yo no puedo dártela.

ENRIQ. Antes era tu rostro; ahora me atrae además hácia tí, tu sufrimiento, como atraen esas dolorosas tan pálidas que nos esperan y nos miran llorando en la soledad de una capilla.

BLANCA. ¿Ves? Hasta las flores que se te ocurren hacen verter lágrimas; déjate de flores...

ENRIQ. El cariño las deposita hasta en las tumbas.

BLANCA. Si fuera aquel su lugar, habria flores negras.

ENRIQ. Si tu cariño fuera grande, me buscaria en tu afliccion.

BLANCA. Huyo de tí, porque te quiero.

ENRIQ. ¡Blanca! ¡Blanca! Me dejas ver el sol y me le nublas.

BLANCA. Déjame sola ya, te lo suplico.

ENRIQ. Oye; tu casa está desierta, tu nido está vacío; aproxímate á mí, y en vez de exhalar á solas tus suspiros, yo los recojeré en mi oido como música dulcísima; yo te defenderé de tus congojas y te daré el calor que falta á tu alma.

BLANCA. Déjame ó voy á creer que no me quieres; tus palabras me hacen bien y me hacen daño.

ENRIQ. No habla mi boca; habla mi corazon.

BLANCA. Pues tu corazon está haciendo que me olvide de mi madre. ¡Ten lástima de mí!

ENRIQ. El hombre que ama es el refugio natural de la mujer que sufre; tengo el deber de acompañarte y derechos en tu corazon que no renuncio.

BLANCA. ¡Sí, sí! ¿Por qué negártelo? Evito tu presencia, porque tu amor es la felicidad, la fiesta de mi alma que debe estar de luto. A tu lado sonrio en vez de llorar. Eres en la pena que me agobia, la tentacion de la alegría. Viéndote me entrego á un gozo lleno de remordimientos, como si me adornase de flores y me llenase de perfumes en los funerales de mi madre: la hermana de un loco, la hija de una presa, no debe sostener conversaciones amorosas, sino cubrir su frente de ceniza y llenar su pensamiento de oraciones.

ENRIQ. Permíteme estrechar tu mano. (Se la estrecha.)

BLANCA. ¿No comprendes que tu mano me abrasa y me extravía, arrastrándome de la tristeza á la locura? ¡Retírate! ¡Ay, madre mia! Retírate en nombre de la tuya. (Enrique se queda pensativo, la besa respetuosamente la mano y sale por la izquierda. Blanca se lleva las manos al corazon.) ¡Ay! ¡Qué peligroso es el dolor!

ESCENA V.

BLANCA.

BLANCA. ¡Oh, sí! le amo y no debo amarle; no puedo aceptar su generoso sacrificio. Nuestros amores han muerto. Ya no puedo ser la novia feliz que marcha hácia el altar vestida de blanco; me corresponde ser la sombra de una madre desgraciada hasta que su inocencia se demuestre. ¿Por qué arroja el Señor tanta luz sobre el delito y tantas nubes al rededor de la inocencia? Mi pensamiento no cesa de trabajar; mis ojos y mis oidos espían todos los semblantes y todas las palabras, y cuanto más escucho y veo, tiemblo más. ¡Huid, risueñas tentaciones de amor de un corazon que han invadido las sospechas!

ESCENA VI.

BLANCA y DON LUIS, que entra por la izquierda muy preocupado.

LUIS. (Hablando consigo mismo.) Por todas partes sombras y dolor.

BLANCA. Ya estoy dispuesta. ¿Espero aquí?

LUIS. Escucha, Blanca. ¿Cómo dudar del interés que tienes por tu madre? Estoy seguro de que tu imaginacion no ha descansado desde aquel terrible dia en que la arrebataron de tus brazos, arrojándote en ellos un hermano privado de

razon. ¿No es verdad que has sufrido y meditado mucho?

BLANCA. Mucho, padre mio.

LUIS. Pues bien. (En voz baja y apremiante.) ¿De quién sospechas?

BLANCA. (Contesta con trabajo.) No lo sé; tengo miedo de decírmelo á mí propia, por temor de calumniar en pensamiento.

LUIS. ¿Y eso te detiene? El mio, en defensa de tu madre, ha calumniado á todo el mundo.

BLANCA. Yo tambien he pensado mal.

LUIS. Los peores pensamientos que puedan bullir bajo la frente de un malvado, son idilios ante la idea de dejar á tu madre sin defensa.

BLANCA. ¡Cálmese usted!

LUIS. ¿Calmarme? Sí; necesito enfrenar las tempestades de mi imaginacion, y acechar con paciencia y disimulo. Dí, ¿de quién has sospechado? Responde, responde, que yo tambien sospecho.

BLANCA. Temo que nos oigan.

LUIS. Dime su nombre muy bajo, como si lo estuvieras pensando. Pero veo que tiemblas, hija mia. (Con voz muy baja.) ¿No es verdad que al oir alguna palabra extraña, inexplicable, has sentido un frio semejante al que heló tu corazon cuando dudaste de tu madre?

BLANCA. Es verdad.

LUIS. Yo la he escuchado hace un instante, y por mis presentimientos y mis dudas pasó una ráfaga de luz. Estaba distraido, y habia dejado de ejercer mi vigilancia en Alberto, y este, aprovechando mi descuido, se entregaba en silencio á su manía destructora, y la silla en que se sienta estaba destrozada.—¿Qué buscas? le pregunté bruscamente. Y me contestó continuando con furia su tarea:—Busco la cartera y el rewólver. Le agarré del brazo, le volví á interrogar, y respondió estúpidamente. Pero la asociacion de esas palabras en su boca, cuando

ninguna idea deberia tener de esos objetos, cuando nadie le ha hablado de ellos durante su locura... ¡Ay, Blanca! Mi imaginacion pretendia arrojar de estas paredes la sombra del delito, y encuentra siempre al homicida dentro de mi casa.

BLANCA. Y sin embargo, debemos desconfiar de nosotros mismos. Estamos preocupados y tan necesitados de esperanza, que nos acogemos con amor á las ideas más sombrías.

LUIS. ¿Con amor, verdad? Sí; con un placer estúpido y amargo.

BLANCA. Pero acaso calumniamos; aun habiendo sucedido lo que sospechamos, ¿pudo acaso suceder? ¿Cómo? ¿Cuándo? Es imposible.

LUIS. Oye, niña; todas las pruebas materiales acusan á tu madre, y sin embargo, nuestro corazon la absuelve. ¿Cómo ese corazon tan benigno, por vagos y rápidos indicios, acusa á tu hermano y le condena? Y ya ves; la justicia le ha respetado.

BLANCA. Porque la justicia no siente: ¡qué descubrimientos haria la justicia si tuviera corazon!

LUIS. Pero nosotros le tenemos...

BLANCA. Eso mismo nos impone la obligacion penosa de callar.

LUIS. Nunca, nunca.

BLANCA. No tenemos evidencia.

LUIS. ¿Y crees que si la tuviéramos, no le hubiera arrastrado con ira hasta el mismo tribunal?

BLANCA. ¡Señor, todos los caminos que se abren conducen á un abismo. (Se oye detenerse un carruaje.)

LUIS. ¡Tu madre! Tu pobre madre que llega vigilada, presa, á la casa que fué su santuario... (Señalando á la vidriera con gesto amenazador.) ¡Sociedad en que he nacido! ¡Madrastra desnaturalizada! ¿Cómo no has de temblar por tus cimientos, si oprimes al justo y arrojas al malvado coronas de laurel?

BLANCA. ¡Por Dios! (Llevándole hácia la puerta de la derecha.) Que nuestra desesperacion no aumente su amargura. (Salen. Se oye abrir la puerta de la calle.)

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, acompañada del Juez y varias personas que aparecen en la puerta, y se retiran.

ELVIRA. (Queda un momento apoyada en la puerta, sin hablar; despues mira con recelo, y avanza con trabajo y emocion.) ¡Nadie! ¡Nadie aquí! Y no me atrevo á hablar alto, y mis brazos necesitan estrechar á alguien para que no se me desborde el corazon. (Se aproxima hácia la puerta de la derecha y se apoya en un mueble.) No hay nadie, y me parece que se agolpan á recibirme todos los objetos en cuya compañía he pasado tantos años felices. No me aturdais, recuerdos; dejad que me sosiegue. Y dicen que mienten los poetas en sus imaginaciones y sus sueños... No mienten; es que han sufrido mucho y pasado repentinamente del sufrimiento á la alegría. (Transicion.) ¡Espíritu! Ten calma. No olvides, por esta apariencia de libertad, que eres un triste prisionero. Corazon, muchísima prudencia, la justicia ha empezado á sospechar, y te aproxima al delincuente... Y tú, Dios mio, infunde en ese desdichado la suficiente cobardía para que me vea sufrir sin delatarse.

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA y BLANCA que entra sin ser vista por la izquierda, y la abraza.

ELVIRA. (Asustada.) ¡Jesus! ¡Jesus!

BLANCA. ¡Oh! He sido una imprudente, ¿no es verdad? Repóngase usted... (La hace sentar.)

ELVIRA. ¡Qué susto tan terrible! Me pareció que era Alberto quien caia entre mis brazos.

BLANCA. Ya se pasó, ¿no es cierto? (Acariciándola.) ¿No es verdad que el susto se convierte en alegría?

ELVIRA. Sí, hija del alma; toda la alegría que puede haber aquí. Pero, dime; ¿por qué me traen? La bondad con que hoy me tratan, encubre alguna otra desgracia, ¿no es cierto? Mírame de frente; tú nunca has sabido fingir. ¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo está tu hermano? ¿Está en peligro de muerte? ¿Qué dice de su madre?

BLANCA. Tiene usted razon, no sé fingir. Prepárese usted á oir una noticia triste, que ya no podemos encubrir, aunque hasta ahora habíamos procurado suavizarla; la enfermedad de Alberto no es mortal, pero dicen que es incurable.

ELVIRA. ¡Oh! Habla claro, por Dios.

BLANCA. Tenga usted ánimo; vivirá mucho tiempo y no participará de nuestras penas; acaso su espíritu hace una vida risueña, y sólo le procura ideas felices y sueños de color de rosa.

ELVIRA. Luego, debo entender que... ¿Qué está loco tu hermano?

BLANCA. Sí, madre mia, y no tiene remedio.

ELVIRA. Dí, ¿desde cuándo?

BLANCA. Desde aquel dia. Le trajeron á casa sin conocimiento, y no ha recobrado ni recobrará nunca la razon.

ELVIRA. ¿Loco Alberto? (Con cierta alegría y gran vehemencia.) ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ya lo estaba! (Aparte y mirando al cielo.) ¡Gracias, Señor! Creia que era mi hijo un malvado y era un pobre loco. (Se levanta.) ¡Blanca! Quiero verle y abrazarle.

BLANCA. ¡Oh! No; asusta su aspecto, y ni comprende, ni siente.

ELVIRA. ¡Mejor! Es la única manera que tiene de ver á su madre encarcelada sin avergonzarse. (Va á salir por la derecha, y la detiene Luis, que tomándola una mano y llevándola hácia un sillon, la hace sentarse suavemente.)

ESCENA IX.

DON LUIS, DOÑA ELVIRA y BLANCA.

LUIS. Elvira, ¿no somos antes los cuerdos que sentimos y comprendemos tus dolores?

ELVIRA. Sí; tienes razon.

LUIS. Un hijo loco no es siquiera la sombra de un hijo; en las apariencias de hijos muertos ó ausentes que finge la imaginacion de los padres, está el espíritu. Sólo nos queda de Alberto lo material y lo indiferente. Deja á su cuerpo que repose.

ELVIRA. ¿Y me creeis culpable de frialdad hácia vosotros? La viveza de las emociones pasajeras, no destruye la intensidad de los afectos duraderos; hay más calor en la lámpara que se apaga, que en el relámpago que deslumbra. Luis, hija mia. (Estrechándoles las manos.) ¿Podeis dudar de mi cariño?

BLANCA. ¡Oh! ¡Jamás!

LUIS. Para ponerle á prueba, hemos deseado y pedido tu venida.

ELVIRA. ¿Vosotros me atrajísteis hácia estos sitios que he de volver á abandonar? Dios os lo perdone.

BLANCA. Sí, madre mia; quisimos atraerte otra vez hácia nosotros para defenderte de tí misma, aunque necesite yo acusarme. (Luis, que se ha colocado detrás del sillon, anima con el gesto á su hija sin que lo vea Elvira.)

ELVIRA. (Con sobresalto.) ¿Acusarte tú? ¿Y crees que consentiria en ese cambio?

BLANCA. ¿No es acaso un deber? ¿No se han visto y se ven muchos ejemplos de esos entre personas que se aman?

ELVIRA. Calla, calla. ¿Sabes tú, pobre niña, lo que es oir rechinar por vez primera los cerrojos de una cárcel? Si tiemblan los hombres, ¿qué le suce-

derá á una niña delicada é inocente? ¿Sabes la sociedad en que te arrojarian, las humillaciones que se sufren, el lenguaje impuro que se oye y el rubor que sube al rostro cuando nos miran familiarmente las que antes, al vernos pasar, bajaban la cabeza? ¡Oh! ¡Hija mia! Antes que eso quisiera cerrar tus ojos moribundos. Calla y no te vuelvas á acordar de esa disparatada idea.

BLANCA. Luego, ¿usted ha sufrido todo eso?

ELVIRA. No; ¿cómo habia de reparar en lo que allí sucede, si mi imaginacion estaba siempre con vosotros. ¿No has sentido todas las noches en la frente un roce suave? Era mi pensamiento, que te besaba desde lejos.

LUIS. Escucha, Elvira; el calor de la familia y de la casa se entibia con la ausencia; vuelve á mirar bien estas paredes y el rostro afligido de tu hija, y contesta. ¿Puede haber para tí deber más sagrado que velar por esa niña y volver á estos lugares la alegría que perdieron?

ELVIRA. No le hay.

LUIS. Blanca, arrójate en los brazos de tu madre, y besa sus manos y su frente; dila que no han sonreido nuestros rostros desde que salió por esa puerta; dila que las hijas educadas con recogimiento y virtud, ahogan en el corazon las emociones más dulces cuando no las santifica la presencia de su madre; pregúntala por qué no te defiende al defenderse y repite á sus piés en tu calvario: ¿Por qué me has desamparado, madre mia?

ELVIRA. Basta, basta; tened piedad de mi pobre corazon.

BLANCA. (Besándola las manos.) ¡Defiéndete! Defiéndete y renunciaré á las ilusiones más queridas.

ELVIRA. Pues bien; habeis triunfado de mi debilidad; yo no puedo arrancarme otra vez de estos sitios en donde están las raíces de mi alma; pasar en

vela las noches en un lecho sin calor; verter mis lágrimas en silencio y temblar de miedo en la soledad; á las rocas más duras las desgasta el oleaje, y yo no soy de piedra; me juzgaba mujer fuerte; creia reprimir una frase que se me escapaba de los labios, y no puedo. Levanta la frente con orgullo, pobre niña; y tú, estrecha lleno de confianza la mano que hace veinticinco años estrechó la tuya en el altar. ¡Soy inocente!

BLANCA. ¡Oh! Repítelo entre mis labios, madre mia.

LUIS. (Separándolas.) No; quédense los desahogos de la ternura para momentos de mayor tranquilidad; esas palabras las debes repetir ante tu juez. Voy á llamarle.

ELVIRA. (Deteniéndole.) Espera, espera; conozco que debo hacerlo, pero...

LUIS. (Mirándola con fijeza.) Pero, ¿no tienes valor para pronunciar un nombre, el nombre del culpable, el nombre de tu hijo, ¿no es verdad? Yo le tendré.

ELVIRA. (Cogiéndole la mano.) Luis... ¿Qué dices?

LUIS. No temas, pobre madre; ¿creias que el cariño no desenterraba del alma los secretos más hondos?

ELVIRA. Luis, mide tus palabras, que la justicia nos escucha.

LUIS. ¿Y vacilas entre los tres séres infelices que aquí estamos sollozando y ese infeliz á quien Dios ya ha condenado á prision perpétua, salvándole del castigo de los hombres?

ALBERT. (Dentro.) ¡Madre! ¡Madre!

ELVIRA. ¡El! ¡El! Me llama en su desvarío, y quieren que me atreva á delatarle. ¡Allá voy, hijo mio! (Sale precipitadamente por la derecha.)

ESCENA X.

DON LUIS y BLANCA.

LUIS. (Con agitacion.) ¿Lo ves? Su voz ha impedido que se salve. Y bien, ¿dudas ahora?

BLANCA. Sólo Alberto puede tener en el corazon de mi madre mayor influencia que nosotros.

LUIS. No podemos consentir ese sacrificio.

BLANCA. ¿Y qué hacer?

LUIS. Ahogar la compasion.

BLANCA. ¡Sí! ¡Sí! ¡Oh! No sé lo que me digo. (Se sienta en un extremo de la sala y llora; mientras Luis sale por el fondo y vuelve un instante despues con el Juez.)

ESCENA XI.

DICHOS y JUEZ.

LUIS. No eres aquí el amigo, sino el juez. Devuélveme mi esposa, que es inocente; el criminal se encuentra aquí.

JUEZ. ¿Has meditado tus palabras? Luis, ¿á quién acusas?

LUIS. (Con trabajo.) Acuso... á mi hijo Alberto.

JUEZ. (Con recelo.) ¿Tienes pruebas?

LUIS. ¿Pruebas? ¿Y qué mayor prueba que entregarle entre tus manos?

JUEZ. Luis, no te ha escuchado felizmente el juez, sino el amigo; el amigo que hace poco rechazó la odiosa proposicion de deshonrar á un desventurado que no tiene medios de defensa, y que es tu hijo. Me suplicaste que fuera juez confiando en mi justicia; lo he sido, á pesar mio, agotando tus medios de defensa, y pues usas de la amistad en tales términos, nuestra antigua amistad ha concluido.

LUIS. ¿Es decir que te niegas á escucharme?

JUEZ. No; rechazo una iniquidad y defiendo á un desdichado.

LUIS. ¿Lo rechazas? Pues yo le arrojaré bajo tus plantas. (Sale agitado por la derecha.)

ESCENA XII.

BLANCA y JUEZ.

BLANCA. ¡Piedad para mi madre!

JUEZ. Blanca, ¿y no la siente usted hácia su hermano? Sin embargo, cumpliré con mi deber. (Se aproxima al fondo, hace señas y se colocan en la puerta Escribano y acompañamiento.) ¡Señores, preparémonos á dar testimonio de lo que aquí suceda.

ESCENA XIII.

DICHOS y DON LUIS, que arrastra á Alberto de un brazo; DOÑA ELVIRA que procura contenerlos, y ENRIQUE separándolos.

ELVIRA. (Desde dentro.) ¡Luis! ¡Luis!

LUIS. ¡Aquí está el homicida!

ELVIRA. (Al Juez.) ¡Oh! No le escuche usted. Ese hombre es el que está privado de razon.

LUIS. (Obliga á Alberto á arrodillarse.) ¡De rodillas delante de tu madre! (Alberto queda arrodillado y sin hablar, con aspecto estúpido y distraido. Todos están dominados por la actitud imponente de Luis, excepto Elvira.) Enciende un momento, miserable, la luz de tu razon; no te refugies en la oscuridad de tu conciencia...

ELVIRA. (Separa á su marido con violencia y se interpone entre los dos.) No puedo, no quiero consentir que ultrajes el cadáver de tu hijo. (Luis se sienta anonadado.) (Al Juez.) Que me conduzcan otra vez á mi prision. Donde los padres no tienen compasion de los hijos, y ofenden los sentimientos naturales, ha desaparecido la familia, se ha desplomado

el hogar, y el calabozo más triste es un refugio. ¡Que me aparten, que me alejen para siempre de las ruinas de mi casa! (Luis permanece abrumado en su asiento: Blanca llora; Enrique procura detener á Elvira; el Juez permanece inmóvil y Alberto, de rodillas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Aposento de cárcel; puertas á la derecha y á la izquierda; reja en el fondo; un crucifijo en la pared; un sillon viejo y algunas sillas.

ESCENA PRIMERA.

PERIODISTA y la LLAVERA.

PERIOD. (Acabando de apuntar en su cartera.) ¡Muchas gracias!

LLAV. Como es usted amigo del alcaide, la órden no reza con usted; pero me mandaron que sólo permitiera entrar á la familia.

PERIOD. Han hecho bien.

LLAV. Además, está descansando, y usted sólo quiere ver la habitacion.

PERIOD. Sí; el público lee con avidez estos detalles, y es preciso satisfacerle.

LLAV. ¿Cuándo saldrá el artículo?

PERIOD. Mañana.

LLAV. Si pudiera hacer que hablase con usted... Pero la incomodan las visitas y está enferma.

PERIOD. Prefiero inventar una entrevista, á dar un mal rato á esa pobre señora.

LLAV. La verdad es, que sólo se habla de esta causa.

PERIOD. La curiosidad de todo el mundo está excitada.

LLAV. Ella será culpable, pero hace la vida de una santa. Y aunque en esta casa se ven casos muy raros, la mayoría de las que entran, empeora y se pervierte. Además, no se la puede negar una buena condicion: no ha acusado á su hijo;

¿Sabe usted, aquí entre nosotros, que no era mala idea la de echar la culpa al loco?

PERIOD. No hubieran podido castigar á nadie.

LLAV. Las gentes se alarmaron, y aquí mismo decian casi á gritos:—Verá usted cómo echan tierra al asunto; como que es una señora.

PERIOD. Desgraciadamente para ella, nada se ha podido probar.

LLAV. Y no ha quedado por falta de diligencias; cuánto ha trabajado su marido... el verle me da lástima; no sabe usted qué aspecto tiene y con cuánto interés me ha suplicado que no la diese la noticia... Pero creo que ya se ha levantado... y son tan cortos sus momentos de reposo...

PERIOD. No es extraño que la priven del sueño estos sucesos.

LLAV. Es que está enferma, muy enferma; ha cambiado mucho; la cárcel ha destruido su semblante y su salud. Ya va á salir.

PERIOD. Entonces, voy á ver si recojo más noticias en la casa. Estos episodios me disgustan de mi oficio. Pero ¿qué he de hacer? El público ha tomado interés y espera con impaciencia; hay que decírselo todo; no hay dramas tan interesantes como los reales; el arte no puede competir con la naturaleza cuando la naturaleza hace tragedias; por eso el público ha hecho corro con emocion al rededor de estos dolores. ¡Adios! (Sale por la derecha.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, que sale por la izquierda dando señales de fatiga, y la LLAVERA.

LLAV. ¡Señora!

ELVIRA. ¡Oh! ¿No han venido? Creí que hablaba usted con alguien.

LLAV. Sabe usted que hay gentes muy curiosas.

ELVIRA. La ruego á usted que sólo deje entrar aquí á mi marido ó á mi hija.

LLAV. (Aparte.) ¿A su hija? Nada sabe todavía. (Alto.) Está muy bien, señora. ¿Me necesita usted?

ELVIRA. No.

LLAV. La verdad, siento dejarla sola; usted necesita que la asistan; ayer se repitieron los desmayos; era lo natural avisar á su familia.

ELVIRA. ¡Oh! No por Dios, se lo suplico; creen, por lo menos, que estoy buena; mi casa es un mar de lágrimas. ¿Tendrá usted valor para aumentar esas angustias?

LLAV. Tiene usted razon. (Elvira se dirije hácia el Crucifijo y se arrodilla; la Llavera, viendo que no la hace caso, se retira.)

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA

ELVIRA. (Arrodillada.) Fortaléceme, Señor, con el ejemplo de tu santo sacrificio. Tú me enseñas á tener resignacion, y mirando tu imágen, me olvido de mis penas. ¿Qué valen mis dolores comparados con los tuyos? No estoy sola; me parece que me miras compasivo. ¡Señor, Señor! Ampárame, que está mi alma como lo estaba la tuya en el Huerto (1), *triste hasta la muerte*. (Medita un momento y se levanta luego con trabajo. Se aproxima á la reja.) Yo bendeciria la soledad de esta cárcel si pudiese encerrar en ella mi imaginacion; pero, ¿de qué servís, hierros inútiles, si no podeis encarcelar el alma? ¡Pobres gentes! cierran la puerta para guardarme y nunca estoy aquí. (Mirando á través de la reja.) Dejadme, ideas, ya; el dia está risueño y quiero alegrar mi alma. Dios

(1) Evangelio.

arroja torrentes de luz para disipar todas las tinieblas; qué pinceladas de grana hay en el cielo; cuánta nubecilla de gasa; con qué júbilo atraviesan el aire esas bandadas de pájaros; pero allí veo uno que marcha solitario... tiene alas negras... vuela hácia mi casa... ¡ay! si es mi pensamiento. (Abandona la ventana.) Es que ya no soy la misma; mi naturaleza está agotada .. ¡Señor! ¡cómo no he de vivir arrodillada, si todos los dias siento que me muero! (Permanece de pié ante la imágen en actitud de orar.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA y DON LUIS que entra sin ser notado por la derecha; LA LLAVERA dentro.

LUIS. No me ha sentido; está rezando, como siempre.

LLAV. ¿Con que quiere usted que avise...?

LUIS. Una señal cualquiera que me indique su venida.

LLAV. Bien; cuando se acerquen, daré una campanada.

LUIS. Gracias. (Cierra la puerta.)

ESCENA V.

DON LUIS muy preocupado y DOÑA ELVIRA que al oir la puerta ve á su esposo y se adelanta hácia él.

ELVIRA. ¡Ah! ¿Vienes solo?

LUIS. Sí, Elvira; hace dias que no podemos hablar con libertad, y además, necesito darte una noticia...

ELVIRA. ¿Mala, no es verdad? Pues bien; sentémonos, y resérvala un dia solamente.

LUIS. Es imposible.

ELVIRA. ¿Imposible? (Aparte.) ¡Dios mio! ¿qué será? (Se sientan los dos.) Entonces, espera al menos una hora, unos minutos... Mira, todos tenemos en el corazon un depósito de penas que se desahoga

con las lágrimas... El mio está rebosando, y en él, en este momento, no cabe otra pena.

LUIS. (Aparte.) ¡Desdichada! ¿Y qué he de hacer?

ELVIRA. No te lo he dicho todavía desde aquel dia angustioso; pero, Luis, ¿no es verdad que me has perdonado ya? Tú cumplias con el deber de esposo, yo con el de madre.

LUIS. (Conmovido.) No recordemos aquel dia.

ELVIRA. ¿Y le podremos olvidar? ¡Mira mi rostro, mira mis cabellos; yo me estremezco al ver los tuyos! ¡Cuánto hemos envejecido en poco tiempo!

LUIS. Es verdad; íbamos muy despacio hácia el fin de nuestra vida, y de pronto nos hemos aproximado á él con increible rapidez.

ELVIRA. ¿De pronto? No. Los dias en la prision se vuelven años.

LUIS. ¡Oh, Elvira mia! ¡Cuánto habrás sufrido aquí!

ELVIRA. Tú eres el más digno de lástima; yo al menos, tenia mi espíritu en nuestra casa; tú, pobre Luis, le tenias en la cárcel.

LUIS. No recordaba esta reja, sino aquella otra en que te ví por vez primera, ¿te acuerdas? Eras entonces una niña, como Blanca. Yo un estudiante.

ELVIRA. (Con interés.) Prosigue... prosigue...

LUIS. En tu reja pasábamos la noche mirándonos y sonriendo. ¡Qué dulce me parecia tu sonrisa iluminada por la luna!

ELVIRA. La luna es el sol de los enamorados.

LUIS. Y aquella felicidad no nos satisfacia. En vez de pedir al tiempo que se detuviera, deseábamos apresurarle para llegar... ¿á esto? ¡Ay, Elvira! No soy hombre de imaginacion, pero cuando recuerdo la claridad y los rumores de aquellas noches y tus primeras palabras de cariño, me parece que hago versos con el alma.

ELVIRA. Tus palabras me han aliviado el corazon. Puedes ya, sin temor, darme esa mala noticia.

LUIS. Ahora no.

ELVIRA. ¿Por qué?

LUIS. (Levantándose.) Porque no puedo. (Se pasea, dando muestras de emocion.)

ELVIRA. (Se levanta y le sigue.) En vano lo ocultas; lo he adivinado.

LUIS. (Deteniéndose y mirando á Elvira con fijeza.) ¿El qué?

ELVIRA. Lo que temíamos, lo que no podia menos de suceder, se ha realizado, ¿no es verdad? ¿Ya no hay remedio?...

LUIS. (Tranquilizándola.) ¿No ha de haberle? Nos quedan dos tribunales todavía.

ELVIRA. Entiendo... es decir, me parece entender que se ha dictado una sentencia... (Se apoya en el sillon.)

LUIS. Nada hay perdido si me ayudas. ¿Te negarás ahora? La abnegacion tiene sus límites. ¿No es cierto que no la exagerarás hasta el suicidio?

ELVIRA. ¡Oh, Luis! En vano suavizas tus palabras; ellas me ponen claramente en esta cruel alternativa; delatar á un hijo ó morir, ¿no es cierto? Dilo sin compasion; aunque no; harto me lo está diciendo tu silencio. (Cae rendida en el sillon.)

LUIS. ¡Elvira!

ELVIRA. (Con angustia.) ¡Aire! ¡Me falta aire!...

LUIS. (Aparte.) ¡Oh! Apenas tiene pulso; va á perder el sentido... (Alto.) Déjame pedir auxilio.

ELVIRA. No te alejes. Fué un vahido nada más; ya me repongo. Pero, creí que me moria.

LUIS. Descansa y recobra tus fuerzas. (Un momento de pausa en que Elvira se recobra. Despues dice esta con temor.)

ELVIRA. Díme, ¿lo sabe nuestra hija?

LUIS. ¿Lo sabrias tú misma si hubiera manera de evitarlo? Pero la justicia tiene prácticas que legaron otras edades; necesitas valor, mucho valor.

ELVIRA. ¡Jesus! ¿Qué van á hacer de mí?

LUIS. Deten tu imaginacion, por Dios; sólo se trata de una lectura triste, de una formalidad indispensable, de la notificacion...

ELVIRA. ¡Mira cómo tiemblo!

LUIS. Sosiégate.

ELVIRA. ¡Defiéndeme! Mis padres me entregaron á tí para que me amparases. No soy para tí la anciana de cabellos blancos cuya vida es indiferente; recuerda que soy aquella niña que te hablaba en otro tiempo por la reja.

LUIS. ¿Tienes pruebas que te salven?

ELVIRA. Sí.

LUIS. ¿Me ayudarás?

ELVIRA. Sí.

LUIS. Pues bien, no temas; reclina en mis hombros tu cabeza.

ELVIRA. ¡Ay, quisiera dormir mi pensamiento. Si vieras lo que discurre y me está representando...

LUIS. Ten valor.

ELVIRA. Oigo la campanilla de la Paz y Caridad, y una cancion muy triste que oí salir una vez del fondo de una cárcel.

LUIS. ¡No te atormentes, por piedad!

ELVIRA. Yo he leido con ansia algunas causas criminales. ¡Qué ajena estaba de sufrir aquellas mismas angustias! Tambien leerán la mia, y hallarán en nuestros dolores la emocion de la novela.

LUIS. Eso es espantoso.

ELVIRA. (Escuchando con temor.) ¿Vienen ya?

LUIS. No, tranquilízate; cuando lleguen, nos ha de avisar una campana.

ELVIRA. Ahora comprendo los dolores que se esconden á la justicia y á las gentes en esa larga noche en que resuenan los martillazos del cadalso y los gemidos que se oirán en la casa del sentenciado á muerte, cuando suenan en la calle los gritos que lo anuncian y el rumor del pueblo que acude al espectáculo. (Transicion.) Pero no temas. Ya quiero decírtelo, si me juras guardar el secreto hasta el último momento.

LUIS. Te lo juro.

ELVIRA. Pues bien; cuando se haya perdido toda espe-

ranza, yo te designaré el lugar en que esconde el traje ensangrentado de tu hijo...

LUIS. Sigue... ¿y qué más?

ELVIRA. (Con recelo.) ¿Qué más? ¿Qué más? ¡Cómo! ¿Acaso no es bastante?

LUIS. ¿Y era esa la prueba?

ELVIRA. (Asustada.) Sí...

LUIS. ¡Míseros de nosotros! Dirán que yo he escondido y preparado ese traje... creerán que es un ardid... ¡Elvira! ¡Elvira! Esa no es prueba. (Suena la campana.)

ELVIRA. ¡Oh! ya están ahí.

LUIS. Ampáranos, Señor.

ELVIRA. (Con terror.) Ya vienen á leerme la sentencia. (Se cogen de la mano.)

LUIS. Sí; ¡qué solos estamos!

ELVIRA. Es que hemos perdido la esperanza.

ESCENA VI.

DICHOS, JUEZ, ESCRIBANO; este con un legajo, y Acompañamiento de tres ó cuatro personas; entran con gravedad y se colocan cerca de la puerta, quedando el escribano en primer término, dispuesto á la lectura.

LUIS. No puedo más. (Cae en una silla.)

ELVIRA. Luis, que necesito tu ayuda.

LUIS. Perdóname; siento en mi corazon una cobardía que no he sentido nunca. (Oculta la cara entre las manos.)

JUEZ. (Adelantándose.) Señora, venimos á cumplir una formalidad dolorosa.

ELVIRA. Creí que bastaba sentenciarme.

JUEZ. Señora, sufro tambien mucho, y procuraré abreviar el acto.

LUIS. (En voz alta, pero como hablando consigo.) ¡Tigres! ¡Tigres!

JUEZ. ¡Luis!

LUIS. Es verdad; creo haber faltado á la justicia, á

esa institucion protectora, que en pago de una vida honrada, condena á muerte á mi mujer, mancha mi nombre y destruye mi familia.

ELVIRA. (Al Juez.) El dolor le extravía.

LUIS. (Levantándose.) No; es que la indignacion no disimula. Elvira, tú no tenias representacion ante la ley, ni más derechos apenas que el idiota; eras la sombra de tu marido y nada más. ¿No es una iniquidad; que donde apenas tiene derechos la mujer, tenga la responsabilidad tremenda del cadalso?

JUEZ. Yo no hago la ley, sino la cumplo.

ELVIRA. Ahora me corresponde repetirte: «Ten valor.»

LUIS. ¿Valor has dicho? Le hay ante las fieras y ante el hombre armado que acomete, pero tiemblan los más fuertes ante los sellos y las firmas de esos legajos de papel. No tengo valor para mirar ese pliego que te condena á la vergüenza del patíbulo. (Se sienta abrumado.)

ELVIRA. No avergüenza el cadalso, sino el crímen. ¿Ves esa cruz? Tambien es un patíbulo. ¡Ea, valor! Ya estoy serena. (Al Juez.) Y él tambien puede escuchar. (Se coloca en noble actitud, mirando, y con la mano puesta en el crucifijo.) Pueden, cuando quieran, leerme la sentencia.

JUEZ. (Al Escribano.) ¡Rápido! ¡Muy rápido! (El Escribano hojea y se oye fuera rumor de gente.)

ESCRIB. (Leyendo.) «En la ciudad de...»

JUEZ. (Interrumpiéndole.) ¡Más adelante!

ESCRIB. «Considerando que los hechos no pudieron suceder de otra manera...» (Suenan golpes en la puerta.)

JUEZ. ¿Quién interrumpe el acto?

BLANCA. (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid!

ELVIRA. (A Luis.) ¿No oyes? (Con angustia.) ¡Nuestra hija! (El Escribano interroga al Juez con la mirada; confusion.) ¡Oh! Señores, por caridad, supongo que no se permitirá á esa niña oir la sentencia de su madre.

BLANCA. (Dentro.) ¡Madre mia!

ELVIRA. (Con energía al Escribano.) ¡Acabe usted esa lectura! ¡Pronto! ¡Y en voz muy baja!

BLANCA. (Dentro.) ¡Madre mia! ¡Ya está probada tu inocencia!

LUIS Y JUEZ. (Con asombro.) ¿Qué dice?

(Elvira solloza; el juez que se ha acercado á la puerta, la habre.)

ESCENA VII.

DICHOS, BLANCA, ENRIQUE, PERIODISTA, LLAVERA y acompañamiento.

BLANCA. (Arrojándose en los brazos de su madre.) ¡Madre! ¡Padre mio! ¡Señor Juez! ¡Vengo á proclamar la inocencia de mi madre! (Movimiento y emocion de los circunstantes; el Escribano oculta el proceso.)

LUIS. ¡Habla!

BLANCA. (Con agitacion.) Habla tú, Enrique; ya ves, me faltan las palabras.

ENRIQ. (Lleno de emocion.) Oid, oid, señores. (Todos le rodean y escuchan con ansiedad. Rápido.) Habia cundido la noticia y acudido á la casa alguna gente compasiva. No nos acordábamos de Alberto, cuando oimos un estrépito de vidrios que caian. Acudimos: habia un mueble hecho pedazos y una ventana destrozada. Trepé á ella, salté á la escalera de otra casa, salí á la calle, y ví á Alberto entre los guardias.

BLANCA. (Interrumpiéndole.) Tenia entre las manos un traje suyo, arrugado y manchado de sangre...

ENRIQ. (La interrumpe á su vez.) ¿Sabeis lo que se ha encontrado en aquel traje?

BLVNCA. Dos cartas.

ENRIQ. Fechadas el mismo dia del delito y firmadas por Alberto; eran la despedida á sus padres de un hombre próximo á suicidarse; en la otra confesaba haberme arruinado y jugado mi capital. Las cartas prueban la autenticidad del traje

hallado por el instinto del demente; las huellas de sangre son rastros de un delito; la salida del loco por esa ventana marca la posible huida del culpable; la confesion de mi ruina me autoriza para preguntar: ¿Cómo pudo Alberto pagarme aquel mismo dia, señor Juez?

ELVIRA. (Aparte y llevándose la mano al corazon.) Perdónale, Dios mio; no era homicida solamente. (Durante esta escena, tódos demuestran vivísimo interés; Elvira una grandísima impresion.)

ENRIQ. Volé á mi casa y tomé este puñado de billetes que mi conciencia no me permite conservar. (Los arroja.) Sé que voy á ser el hermano de un culpable; pero tambien tendré la honra de ser el hijo de una mártir. ¡Ah, señor Juez! ¿Quién debió ser el criminal, aquel hombre desesperado, ó esta infeliz madre de familia? ¿Pudieron ó no suceder de otra manera los hechos en que la sentencia se fundaba?

LUIS. (Con energía.) ¡Sí! ¡Sí! Es inocente. ¡Atreveos á notificar esa sentencia!

JUEZ. Juzgué con lealtad y segun el dictámen que me daba mi conciencia; si resultase que he juzgado mal, no juzgaré más. (Doña Elvira da muestras de desfallecimiento; la sostienen Blanca y la Llavera.)

ELVIRA. No permitas, Dios mio, que ese desdichado recobre nunca la razon.

BLANCA. ¡Enrique! ¡Enrique! (Este acude á socorrerla y la toma el pulso; sus ademanes indican gran alarma.)

LUIS. ¡Esposa mia!

ENRIQ. (A los que le rodean.) ¡Oh! No hay esperanza; se nos muere.

LUIS. ¡Animo, Elvira! Es imposible que no te abran pronto las puertas de la cárcel; volverás á tu casa; verás qué acogida te hace el amor de tu familia; ¡ánimo! que te necesitamos para preparar el traje de boda de tu hija.

ELVIRA. ¡Desgraciada! Antes ha de vestir el luto de su madre. (Cae en el sillon.)

BLANCA. ¡Oh, Dios mio!

ELVIRA. Mi corazon, á fuerza de golpear en él, estalla ya. ¡Ah! (Trata de incorporarse, pero no puede.)

LUIS. ¡Oh! ¡No nos abandones!

ELVIRA. Adios, Luis, y tú, Blanca... perdonadme. (Luis y Blanca se arrodillan; Elvira, en un esfuerzo supremo se incorpora.) ¡Así! ¡Rezad! Rezad por los inocentes que han muerto en el cadalso. (Mirando al Juez.) Este es el mio. Mi sentencia va á cumplirse; la justicia de los hombres queda satisfecha. ¡Ay! (Cae muerta en el sillon.)

BLANCA. (Llorando.) ¡Madre!

LUIS. (Con acento sombrío despues de besar la mano de Elvira.) Hija mia, ya eres huérfana. (Al Juez con acento enérgico.) ¡Señor Juez! ¡Señor Juez! ¿A quién pido justicia de esta muerte?

JUEZ. (Alzando la mano al cielo, y con dignidad y emocion.) Dios nos juzgará.

FIN DEL DRAMA.